

# LA REINA VICTORIA EUGENIA, DE CERCA

Por  
**MARINO GOMEZ-SANTOS**  
(Fotos de nuestro redactor  
gráfico CAMPUA)

Lo normal, lo frecuente cuando las reinas circulaban por el mundo europeo, era que pudiéramos verlas de lejos: en una fiesta, en la visita a cualquier hospital o en la altura de un palco de teatro.

Nosotros pertenecemos a una generación en que estas impresiones asoman lejos, en la nebulosa de la infancia, allá en cuyo fondo es muy difícil saber dónde terminan las cosas que vimos realmente y empiezan aquellas otras que hemos oído contar.

La reina Victoria Eugenia aparece en la iconografía de aquellos años en que las revistas ilustradas eran para nosotros entretenimiento, cuando apenas sabíamos leer de corrido, y las fotografías llenaban nuestras tardes de domingo, en el mirador provinciano. Junto a sus retratos se publicaban entonces los de otras reinas del deporte —Lili Álvarez—; de la canción —Raquel Meller—; del teatro, Catalina Bárcena...

Pero una reina de cerca es algo que no podríamos concretar, que se nos escapaba a toda posible capacidad de imaginación.

Cuando nos acercábamos a su residencia de Suiza, nuestra sensación era de que íbamos a entrar en el pasado, en la historia, por una puerta privada.

La mañana era lluviosa. Caía aquella lluvia fina, tamizada, como la que conocemos los españoles del Norte. El jardín de «Vielles Fontaines», la residencia de la reina Victoria, estaba en aquel momento con las hojas de las plantas brillantes, frescas y las flores intensificaban su olor.

—Parece que estamos en Aranjuez —dije.

«Vielles Fontaines» es una villa, ni grande ni pequeña, con la fachada en calada y el camino que conduce hasta la puerta, cubierto de arena amarilla.

En la puerta de hierro, dos flores de lis destacan, pintadas de purpurina dorada.

A la derecha del «hall», reconocimos el cuadro de Francisco Comba, que representa la boda de la reina Victoria con don Alfonso XIII, en la iglesia de San Jerónimo. Es un cuadro pintado al óleo, en el que Francisco Comba reproduce la ceremonia, de la que seguramente fue espectador. No hubo fotógrafos en el interior de la iglesia, porque seguramente en aquella época se utilizaría el «flash» de magnesio, que solía ser peligroso en lugares cerrados y, además, levantaba una humareda poco a propósito para el clima de aquella ceremonia.

Aguardamos en un salón-biblioteca, donde hay muchos libros sobre España y algunos retratos de familia, con una panorámica del palacio real, pintada por un inglés.

La reina Victoria baja de sus habitaciones por la escalera interior, de madera encerada, con una alfombra estrecha. Viste «talleur» negro y lleva en la mano un bolso de piel de coco-



S. M. la reina Victoria Eugenia, retratada en «Vielles Fontaines», su actual residencia en Lausanne. Al fondo, el cuadro de Lazlo, en que la reina aparece con la diadema de las tres flores de lis. En la fotografía de abajo, doña Victoria Eugenia ante un retrato de S. M. don Alfonso XIII



SIGUE



Residencia de la reina Victoria Eugenia, en Lausana (Suiza)

drilo, en el que destaca una pequeña corona de oro, sobre el cierre.

Su figura, a pesar del tiempo, es esbelta, de impresionante majestad. Y sus ojos, de un azul claro —a los que

tantas veces hicieron referencia los cronistas de la época—, conservan el brillo y la vivacidad de aquellos años en que la reina fue pintada por Lazlo, con la diadema de las tres flores de lis.

La reina es muy amante de los animales y tiene dos graciosos perritos, aquí la vemos con uno de ellos



S. M. la reina Victoria Eugenia; su dama, la señora viuda de Rich; Mariano Gómez Santos y el duque de Alba, jefe de la casa de la reina



La reina en un rincón de su casa. A la izquierda, sobre una mesita, el retrato de su madre

Doña Victoria Eugenia dedicada a su labor preferida, la de tejer



Las primeras palabras amables son para José Campúa, a quien la reina conoce desde que éste comenzó a trabajar como fotógrafo.

—Observamos, señora, que hay muchos y magníficos libros en la biblioteca. ¿Sigue siendo vuestra majestad tan lectora? —preguntamos.

—Igual, siempre he leído. Cuando me casé empecé a leer libros de escritores españoles, aquellos que estaban más en moda. Por esa razón he leído algunas novelas de Blasco Ibáñez, que entonces tenía mucho éxito. Pero, más bien, lo confieso, elegía libros serios. También prefería novelas inglesas. El rey era muy severo, y como me casé muy joven, no le gustaba nada que yo leyera novelas francesas. ¿Comprende?... Así es que como los ingleses, entonces, eran escritores decentitos y buenos, yo leía a los ingleses. También solía buscar libros que tocasen un poco el tema militar, la vida en la India y otros asuntos que pudieran resultar interesantes, porque el rey solía leerme, en voz alta, libros ingleses, para practicar, porque casi se le había olvidado el idioma.

La lectura en el palacio real de Madrid había sido, desde siempre, un capítulo importante en la vida de la reina Cristina, que solía leer al tiempo que hacía labor de punto.

—¿Cómo era la vida familiar en palacio?

—El pobre rey cada vez tenía más que hacer, más problemas, más gente. Muchos días no tenía tiempo para ver a los niños por la mañana y entonces aprovechaba entre la hora del té y la comida de la noche. El té lo tomaba siempre conmigo, desde nuestra boda hasta aquel 14 de abril de 1931, siempre en la misma salita. Bueno, más exactamente, cuando el rey me dijo que se iba, cenamos muy pronto en aquella salita, en silencio, sin saber si volveríamos a vernos... ¡Es mejor no recordar!

Dice la reina Victoria que muchas tardes, cuando el rey disponía de un poco de tiempo, subía a las habitaciones de los infantes y jugaba un momento con ellos.

—Si tenía ocupaciones se marchaba en seguida, después de tomar el té y entonces le veía menos; pero, eso sí, todas las mañanas, los niños bajaban a darle los buenos días, a primera hora.

En el salón en que conversamos hay un curioso lienzo donde aparece la reina Victoria de Inglaterra, en un coche descubierto, tirado por un caballo y rodeada de sus nietos, los hijos de la princesa Beatriz. Muy cerca de la augusta soberana británica, la princesa Ena aparece, inconfundible, con su melena rubia.

Pero todo queda muy lejos en el tiempo. La reina Victoria Eugenia, aquella joven novia que llegó a España el 25 de mayo de 1906, ha sobrevivido a muchos acontecimientos de la Historia. Gran parte de los miembros de las dos familias reales —inglesa y española— han desaparecido por el negro escotillón de la muerte.

En los días de lluvia, como éste, mientras hace labor de «petit point», la reina Victoria recordará personas y acontecimientos de su vida, que a la luz de nuestros días, pueden parecer historias para Stendhal.

El rey don Alfonso sigue presidiendo la existencia tranquila y nostálgica de esta casa, desde los grandes retratos al óleo que le pintaran Lazlo, Sorolla y Benedito, en aquellos años de juventud en que era delgado como un Greco.

—Cuando le conocí en Londres, era muy alegre, muy simpático. Nos divertíamos mucho, porque el rey llevaba una vida muy austera en Madrid, siempre entre personas mayores. La reina Cristina, que era una gran señora, estaba rodeada de gente de otra época, de damas casi todas ancianas, y el rey

en Londres disfrutaba entre muchachos y muchachas de su edad.

—¿Y cómo era don Alfonso en la intimidad, en la mesa, por ejemplo?

—Le encantaba tomar la palabra y hablar de cosas militares. Era su tema preferido de conversación, con el jefe de Parada, con los generales... Con los grandes hablaba de otras cosas, me figuro. Para comer era muy carnívoro. ¡Uf... muy carnívoro! Detestaba las legumbres, la ensalada, las frutas. Le gustaban, eso sí, las fresas y si le preparaban algún postre. Ahora me parece verle: tomaba un pedazo de carne, patata y luego un pedazo de pan. ¡Típico, típico!... Muy español.

Hablamos de Madrid, del Madrid que conoció la reina Victoria cuando llegó para casarse. Nos dice que era muy pequeño, con un solo hotel, en el que había tiendas debajo.

—Los grandes de España acogieron a gran parte de los invitados que vinieron para nuestra boda, aquellos que no podían hospedarse en palacio. Entonces los llevaron a vivir a sus casas, que eran hermosas y grandes.

Recuerda modistos y joyeros de aquel tiempo.

—Ansorena, Mellerio... A veces, una petaca para el rey se compraba en Sanz; pero Ansorena era, más bien, el «títrero», el joyero que hizo las cosas que el rey quiso montar para mi boda. Respecto a mis trajes, el rey tenía su opinión. No le gustaba nada exagerado. No le gustaba nada, tampoco, el pelo corto. ¡Y yo que tenía tanto pelo en aquella época! El decía que no estaba bien para una reina llevar el pelo corto. Así es que, por esa razón, nunca he llevado el pelo corto. Respecto a mis trajes, siempre tenía algunos negros, claro; pero mis colores preferidos eran los tonos pastel.

La reina conserva una gran memoria cuando se refiere a las familias reales europeas, a los viajes que hizo con el rey, a los lugares que frecuentó en aquellos años que ya pertenecen a la Historia.

—¿Solía consultar el rey a vuestra majestad las cuestiones políticas?

—No; nunca, nunca. A veces, con la intuición femenina, le dije: «Yo no me fiaría de éste o de éste». Si no me escuchaba, es decir, si no tomaba en consideración lo que le había dicho, al cabo del tiempo, solía observar el rey: «En el fondo, tenías razón». Y yo le respondía: «¡Ya te lo dije!».

La entrevista termina al filo de la una de la tarde, hora en que la reina acostumbra a sentarse a la mesa. Pero antes nos cuenta una anécdota curiosa



Un primer plano de S. M., la reina doña Victoria Eugenia, cuya belleza ha sabido conservar a través del tiempo

que ha surgido en el curso de la conversación.

—La reina Cristina había introducido en palacio el Arbol de Noé y los regalos en las fiestas de Navidad. Recuerdo una cosa muy mona que me dijo mi hijo Juan, cuando era niño. Para él, aquello del Arbol de Navidad era la cosa más hermosa del mundo. Le encantaba. Un día bajó a mi cuarto y me encontró vestida para asistir a

una toma de almohada, me parece. Al verme, el niño se quedó impresionado. Me dijo: «¡Mamá, pareces enteramente un Arbol de Noé!».

El cronista, cumplida su misión, regresa a Madrid con la sensación de que se ha asomado a la Historia de manera excepcional, al conversar de cerca con la reina Victoria Eugenia.

MARINO GOMEZ-SANTOS

Todos los tapices y alfombras de su casa han sido tejidos por la reina



En las fotos aparece la augusta señora dedicada a estos entretenimientos. (Fotos de nuestro redactor gráfico CAMPÚA)

